

Un cuento de brujas

Por M. MARTINEZ CARRIL

Según tradiciones indoctas la brujería se emparentaría con las artes de magia. A las brujas se les atribuye capacidades de engaño y transfiguración tales que sólo un mago sería capaz de ejecutar con tanta prolijidad. Ya en la Edad Media hubo casos famosos de brujas que persistieron en sus engaños hasta el pie de la hoguera, por aquellos tiempos un lugar muy concurrido de encuentro ciudadano por donde transitó gente tan heterogénea como amas de casa adúlteras, Juana de Arco y alguna que otra embaucadora. Que se sepa los magos (como las hadas) han gozado siempre de mayor prestigio, presumiblemente como consecuencia de los prejuicios sociales muy extendidos desde la Inquisición en adelante. Por eso, el mayor ejemplo de brujería practicada con habilidad, sagacidad y esmero, es muy reciente: el de la bruja que se transfiguró en hada.

El hada (que no lo era, pero quién se iba a dar cuenta) comenzó por tender su manto protector y sus buenos consejos sobre gente descarriada. Como Tartufo utilizó las mejores frases para predicar la moral, las buenas costumbres, el recato, el pudor y la castidad, virtudes casi teológicas. La gente que la oía creía en ella realmente, porque no se puede dudar de las hadas. En Estados Unidos hubo algunos pastores protestantes, siempre tan ingenuos, que se le aliaron, y uno de ellos, un tal Hays, terminó siendo su brazo ejecutor en la Meca del Cine: los males fueron cortados literalmente de raíz. Como cortar y empezar es todo uno, la moda cundió rápidamente y así se cortaron horribles desnudos, realmente ofensivas expansiones emocionales, todo lo que tuviera que ver con los secretos del sexo propiedad privada de los sacerdotes del templo. Y cortaron, ya que se estaba, con todo lo que a alguien tijera en mano le olera a pecado, destrucción, discrepancia, falta de respeto o cosa nueva simplemente. A Galileo ya le habían hecho lo mismo, de modo que nadie se alarmó, sobre todo porque el manto del hada protectora (que no era hada ni lo quería

ser) era la luz verde necesaria para estos casos. Llegó el día en que tan cortadas estaban las cosas que ya no se podía.

Entonces la bruja de la historia apeló a su sentido común. Estaba visto que el prestigio de las hadas tiene su tiempo pero no es eterno. Decidió que lo mejor era decir las cosas claramente:

—Señores —proclamó como los doctores de la ley— se trata de una opción histórica, entre nosotros que somos todos iguales a nosotros mismos, y quienes nos quieren hacer diferentes de lo que somos. Como nosotros somos nosotros y ellos son ellos, la alternativa última a la que nos vemos obligados es cortarlos a ellos. Para que nosotros seamos nosotros.

El razonamiento, claro y diáfano, pareció convincente. Y con el hábil disfraz de banderas y fanfarrias comenzó la empresa de corte y confección. El aire doctoral estaba avalado por cuello y puños blancos, porque era un trabajo especializado. En Estados Unidos habían dicho que América habría de ser para los (norte)americanos, la manera que a lo sumo se estaba cumpliendo con un dictado histórico. El sexo (que como cualquiera sabe es muy desagradable), las malas palabras (que si figuran en el diccionario es por error académico), la violencia (que no existe ni en la crónica policial), las aberraciones (que fueron una utopía de Freud y sus seguidores), siguieron siendo cortados. Y además se siguió cortando la destrucción, la discrepancia, la falta de respeto y lo que olera a diferente. Porque la igualdad se obtiene después de eliminar lo que no es igual, y quienes no son iguales a nosotros mismos son los otros, que por eso son temibles y por eso hay que cortarlos, para que ni siquiera nos enteremos de cómo son. Pero llegó el día en que todos eran tan iguales que la gente se aburría, porque el asunto de que en la variedad está el gusto evidentemente no corría: cada mujer con su hombre, cada hombre con su mujer, y —peor— todos cortados por la misma tijera. Ir por la calle era como mirarse en el espejo. Todo muy lamentable.



Fue ese el día de la mayor desgracia para aquel reino. Como por arte de magia (más bien de brujería) todo el mundo poco a poco empezó a darse cuenta del engaño. Voces sonoras indicaron desconcierto y después decisión. De la Plaza de la Concordia hasta la Bastilla (conocida así porque allí albergaban a los bastardos diferentes) la idea original y reveladora ganó a la gente:

—¿No le parece que es mucho más divertido si dejamos de ser todos iguales?

—Pero dejate de embromar, vieja, ¿por qué no voy a hacer lo que yo mismo creo?

—Yo no estoy de acuerdo, ni sé por qué, pero no estoy de acuerdo y soy feliz.

Voces indisciplinadas, muchas voces, sin diálogo posible. Y la unidad tan aparentemente indestructible se fue al diablo. Ocurría —pero quién se iba a poner a pensar en esas cosas— que las hadas y los doctores, eran falsos. La bruja de la historia, finalmente feliz y satisfecha, había logrado la mayor discordia, que tanto quería. En medio de la baráunda y el caos las voces de cordura ni se oían. Un filósofo, en la puerta de su casa, empero, alcanzó a musitar:

—Pensar que todo empezó con un cortecito en esa nalga, un “achíqueme señor tanto amor”, un “esas cosas no se dicen”, un “no me gustan nada las intenciones ocultas de ese director”, un “creemos que atenta contra nuestra igualdad”, un “déjese de perturbar con esas foráneas ideas”, un “sepa que o corta todo eso o si no no va a exhibir nada”, un “no exhibe nada y olvídese del asunto”.

Hubiera sido mejor creer en magos, en hadas de verdad, o en Juana de Arco. Aunque, por cierto, al fin y al cabo lo mejor hubiera sido no creer en semejantes paparruchas.

Eso sí: yo no creo en brujas; pero que las hay, las hay. ♦